

2013

Luis Vegas, José. *Sínsoras*. México: Seix Barral, San Juan; Ediciones Callejón, 2013.

Carmen Dolores Hernández

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Hernández, Carmen Dolores (April 2013) "Luis Vegas, José. *Sínsoras*. México: Seix Barral, San Juan; Ediciones Callejón, 2013.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 51.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/51>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

***Sínsoras.* Vega, José Luis. México: Seix Barral; San Juan: Ediciones Callejón, 2013**

Los espacios y los tiempos vertebran temáticamente este libro reflexivo y grácil, agudo e intuitivo de José Luis Vega (Puerto Rico, 1948), que abre nuevos horizontes en su trayectoria poética. Por él transitan tópicos tradicionales y ecos de otras voces, además de los grandes astrónomos de la historia.

El movimiento interno del poemario oscila entre polos tenidos como opuestos: las “innumerables luces” –como dijera Fray Luis- del firmamento y la complicada tierra nuestra; el binomio espacio-tiempo y también los que contrastan vida y muerte, memoria y olvido. Todo ello aunado, transformado y revelado en materia de poesía.

Cinco secciones –de diferente inflexión cada una- presentan otros tantos aspectos de la misteriosa ecuación entre palabras poéticas y experiencias vivenciales. “De las islas y otros lugares”, la primera, sienta el talante reflexivo del libro. Un puñado de poemas evocativos de lugares entrañables -incluyendo el no-lugar de la poesía en el titulado “Isla”, cuyo referente es la contraparte imaginativa del suelo que pisamos: “Hay una isla donde el poeta/ puede vivir con dignidad./ una isla opaca que a veces brilla/ en el mar del imaginar...”- revela contrastes insospechados e instala correspondencias sugerentes. El doble juego de alusiones culmina en el poema que le da título al libro: las “sínsoras” son, precisamente, las “ínsulas extrañas” que son y no son las nuestras caribeñas. El poema afirma el amor y la pertenencia hasta más allá de la muerte:

Cuando muera, iré a la calle de la Cruz.
Bastará este deseo de viandante
y la eficacia del atardecer.
Iré a esa calle que de cielo a cielo
parte en dos la ciudad.
Sabré la cifra de sus adoquines
y por qué su inclinada geografía
me devuelve a Lisboa, a Éfeso,
a cierta esquina de Valparaíso
o a otros puertos translúcidos, sin nombre.

Una corriente cósmica recorre el libro y se afianza en su última sección, dedicada a astrónomos famosos, “Los inventores del cielo”: Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Tycho Brahe, Stephen Hawking, entre otros. Si al principio el poeta se asoma a la vastedad del universo y a su misterio abrumador (“ocurre que lo oscuro se ilumina, y el vacío/ revela su materia incandescente.”), al final figuran los hombres que intuyeron sus insondables contornos.

De tono agudo –burlón incluso- la sección “Alegorías y contravenciones” marca desvíos de las leyes aceptadas de la naturaleza o la poesía. Se consignan oposiciones, como en el poema “Contra la mística”: “Que ante el horizonte/ que llama,/ no olvide yo la orilla.// Que ante la muerte/ que invita,/ no olvide yo esos labios.// Que ante el silencio / elocuente,/ no olvide el canto.”

La poesía, que transmuta y trastoca realidades, es el centro de la sección “Alquimia menor”. En el hermoso poema dedicado a María Vaquero, “Palabras son palabras” estas son como palomas, aladas, alborotadas, ubicuas y dispersas: “Helas aquí en bandadas, las mansas, las ariscas,/ las prohibidas, las nuevas y las viejas, las sabias,/ las eméritas palabras: plazuela, placita, placeta, placentuela, pleamar, plaza, poesía...”. En un poema anterior, “Alegoría del jardín”, las palabras recuperan la experiencia y la actualizan, haciéndola reverdecen:

Entre las altas tapias del orgullo, hoy
vuelvo al jardín abandonado
de cuya única flor
jamás debí partir...

.....

Solo a pasos contados
se traspone el umbral. Abrojo,
espino, cardo, zarza, ortiga, tantas
secas malicias han tomado la flor:
viejas palabras que al decir de nuevo
avanzan la expiación,
y reverdecen.

Más extensa, la sección “Los pasos ilustres y otros pasajes” insiste en el tiempo y sus efectos. “Nada nos salva del olvido”, por ejemplo, es una meditación sobre la fugacidad de la vida y lo inexorable del olvido que habita en cuanto existe. El poema es un hilo de salvación: “Acaso el hilo fino de la caligrafía/ amarre al viento algún cantar en fuga/ o el pájaro al azar del pentagrama./un eco...”. Solo podemos aspirar a la plenitud del instante: “Consuela, sin embargo, el ruido del cometa/ y la estela que deja cuando pasa”. Se trata de un poema extraordinario entre poemas hermosos. Extraordinarios también son los titulados “Isla”, “San Juan, Lisboa, 1935” y “Las aguas de la Parguera”, en el que, al asomarnos al broquel del misterio de lo que existe sin evidencia clara para nuestros sentidos, nos asomamos también al misterio de la poesía.

El poeta ha cuidado la arquitectura del libro. Un poema como “El punto de vista”, por ejemplo, que opera una dislocación del continuo tiempo-espacio, ata los comienzos de la obra a su final, donde el “Epílogo” relativiza no solo la experiencia humana sino también la de la Tierra en el cosmos: “en algún rincón apartado/ del universo centelleante/ hubo una vez un astro.../ Fue el instante supremo/ del tiempo y el espacio conocidos./ Pero solo un instante...”. Y, entre medio, las variaciones y los juegos, la vida efímera, el conocimiento humano, tan perecedero como todo lo demás.

Una música interna, silente incluso, como la pitagórica música de las esferas, anima este poemario, musical también en el pausado ritmo de sus versos de variado metro. Maestro de la poesía –virtuoso de sus prácticas, sobre las que reflexiona con humor- José Luis Vega amplía aquí su registro. Su universo poético- como aquel al que canta en este libro- sigue siempre en expansión.

Carmen Dolores Hernández
San Juan, Puerto Rico.